

TRILOGÍA DE LA CIUDAD BLANCA 3

EVA G.^a SÁENZ DE URTURI

LOS SEÑORES DEL TIEMPO

AVISO IMPORTANTE

Para poder disfrutar de una mejor experiencia de lectura de la trilogía de la Ciudad Blanca, recomendamos leer las novelas en orden de publicación:

1. *El silencio de la ciudad blanca*
2. *Los ritos del agua*
3. *Los señores del tiempo*

En cada novela se desvelan detalles que podrían afectar al disfrute de la lectura.

Eva García Sáenz de Urturi



Los señores del tiempo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Todos los derechos de Propiedad Intelectual sobre la presente obra literaria y cualquiera de sus elementos (incluyendo, entre otros, título, nombres de personajes, imágenes, ilustraciones, fotografías, gráficos, etc.) son propiedad de Editorial Planeta, S. A. U, o esta ha obtenido las preceptivas autorizaciones para su utilización e inclusión en la obra. Por lo tanto, queda terminantemente prohibido cualquier acto de reproducción, total o parcial, distribución, comunicación pública y/o transformación de las obra o de cualquiera de sus elementos; así como su modificación y/o alteración. Para cualquier uso, en cualquier medio (tal como redes sociales, etc.), ya sea de naturaleza lucrativa o comercial o de cualquier otra índole no amparado por algún límite legal, será necesario obtener el consentimiento expreso del titular de los derechos de que se trate, sin que en ningún caso la falta de respuesta pueda ser considerada autorización tácita. Asimismo, queda terminantemente prohibido suprimir o modificar el distintivo y la mención del «copyright», o cualquier otra indicación que refleje la sujeción de la obra y sus elementos a los derechos de autor

© Eva García Sáenz de Urturi, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Ilustraciones del interior: primeras líneas de la ley de población de Vitoria otorgadas por Sancho VI el Sabio en septiembre de 1181, Fuero de Población de VITORIA

HOZ © Colección particular

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: octubre de 2018
Depósito legal: B. 20.158-2018
ISBN: 978-84-08-19329-6
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión y encuadernación: Unigraf
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

EL PALACIO DE VILLA SUSO

UNAI

Septiembre de 2019

Podría comenzar esta historia hablando del turbador hallazgo del cuerpo de uno de los hombres más ricos del país, el dueño de todo un imperio empresarial de moda *low cost*, envenenado con cantárida —la legendaria Viagra medieval—, en el palacio de Villa Suso. No voy a hacerlo.

En su lugar voy a relatar, lo prefiero, lo que sucedió la tarde que acudimos a la desconcertante presentación de la novela de la que todo el mundo hablaba: *Los señores del tiempo*.

Estábamos fascinados con aquella novela histórica. Yo el primero, lo reconozco. Era una de esas lecturas que te evadían, una mano invisible que te agarraba del cuello desde el primer párrafo y en un ejercicio de magnetismo te arrastraba a su feroz mundo medieval sin que quisieras hacer nada por evitarlo.

No era un libro, era una trampa de papel, una emboscada de palabras..., y no podías escapar.

Mi hermano Germán; mi *alter ego*, Estíbaliz; los de la cuadrilla..., nadie hablaba de otra cosa y muchos la habían finiquitado en tres noches pese a sus cuatrocientas setenta páginas, pero otros la dosificábamos como si fuera un veneno —de esos que te dan placer mientras te lo inoculas— e intentábamos alargar la experiencia de tener la cabeza en el año de Cristo de 1192. Era tal la inmersión lectora que incluso a veces, cuando retozábamos entre las sábanas durante desordenadas madrugadas de muslos y lenguas, llamaba *mi senhora* a Alba.

Había un morbo añadido, un enigma por resolver: la identidad del esquivo autor.

Después de semana y media arrasando en librerías, no había ni una foto de él en los periódicos ni en la sobrecubierta de la novela. Tampoco había concedido entrevistas. No había rastro de identidad digital en redes sociales ni página web. Era un paria del presente o alguien que realmente vivía en un anacrónico pasado analógico.

Se conjeturaba que el nombre con el que había firmado su obra, Diego Veilaz, era un pseudónimo, un guiño al narrador y protagonista de la novela, el carismático conde don Diago Vela. Cómo saberlo. Cómo saber nada por aquel entonces, cuando la verdad todavía no había desplegado sus volubles alas sobre las calles adoquinadas de la milenaria Almendra Medieval.

Atardecía en sepia sobre nosotros cuando crucé la plaza del Matxete con Deba sobre mis hombros. Confiaba en que mi hija de dos años —ella se sentía ya adulta— no alborotase demasiado en la presentación de *Los señores del tiempo*. El abuelo nos acompañaba de refuerzo, pese a que era la víspera de San Andrés y en Villaverde se celebraban las fiestas patronales.

Se había presentado en casa con un: «Yo os cuido a la nietica, hijo». Ya a Alba y a mí nos venía bien relajarnos.

Llevábamos un par de semanas trabajando horas extras por la desaparición de dos jóvenes hermanas en extrañas circunstancias —muy extrañas, por cierto— y necesitábamos dormir.

Un par de horas más y nos podríamos tomar una pequeña tregua después de catorce días de estéril operativo de búsqueda. Caer fulminados sobre el edredón y recuperarnos para afrontar un sábado que ya se anticipaba igualmente frustrante.

Habíamos hecho los deberes con buena letra y no habíamos llegado a nada: batidas con voluntarios y perros, los móviles de todo su entorno pinchados por orden de la jueza, todas las grabaciones de las cámaras de la provincia visionadas, vehículos familiares peinados por la Científica, interrogatorios a todo el que trató con ellas durante sus escasos diecisiete y doce años de vida.

Se habían esfumado... y eran dos.

Un detalle que duplicaba el drama y también la presión del comisario Medina sobre los hombros de Alba.

Una cola kilométrica aguardaba el comienzo de la presentación bajo las tibias farolas de la plaza del Matxete.

Un titiritero de terciopelo verde hacía malabarismos con tres pelotas rojas, un hombre de cuello grueso se metía en la boca la cabeza de una boa albina. En la plaza empedrada olía a talos de maíz y a torta de *chinchorta* y unos violines furiosos interpretaban la música de *Juego de tronos*. El mercado medieval que se celebraba en septiembre había coincidido con la firma de la novela.

Aquella plaza que antaño fue mercado se veía más llena que nunca y los grupúsculos de lectores se perdían por los Arquillos del Juicio, tragados por la algarabía de los vendedores de jarras de barro y de aceites de lavanda.

Entonces vi a Estíbaliz, mi compañera en la División de Investigación Criminal, y a la madre de Alba, que la había adoptado desde que se conocieron y la había incluido sistemáticamente en todos nuestros ritos familiares.

Mi suegra, Nieves Díaz de Salvatierra, era una actriz retirada que fue niña prodigio del cine patrio allá por los años cincuenta y que había encontrado la ansiada paz regentando un hotel-castillo en Laguardia, entre viñedos y la sierra de Toloño, el dios celta Tulonio al que yo dirigía mis plegarias cada vez que el universo se ponía puñetero.

—¡Unai! —gritó Estíbaliz con el brazo alzado—, ¡aquí!

Alba, el abuelo y yo nos encaminamos hacia ellas. Deba le regaló a su tía Esti un sonoro beso lleno de babas en la mejilla y finalmente entramos en el palacio de Villa Suso, un edificio renacentista de piedra que reinaba desde hacía cinco siglos en la parte alta del cerro de la ciudad.

—Creo que está la familia al completo —dije y alargué el brazo hacia un cielo que se volvía añil por momentos—. Mirad al móvil, todos.

Cuatro generaciones de Díaz de Salvatierra y López de Aya-la sonreímos al selfi familiar.

—La presentación es en la sala Martín de Salinas, en la segunda planta, creo. —Nos guio Alba, risueña—. Qué misterio más inocente, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —dije.

—A la incógnita sobre la identidad del autor. Esta tarde por fin sabremos de quién se trata... —contestó al tiempo que me daba la mano y entrelazaba sus dedos con los míos—. Ojalá los enigmas que nosotros desentrañamos en el trabajo fueran tan blancos.

—Hablando de enigmas... —la interrumpió Estíbaliz después de propinarle un pequeño empujón junto a la entrada de la sala—. No pises a la emparedada, Alba. Los guardias de seguridad dicen que sus lamentos acobardan bastante cuando se aparece por los pasillos desiertos de los baños por la noche. De hecho, comentan que son los aseos más solitarios de la ciudad.

Alba se apartó de un salto. Arrastrada por la marabunta, había acabado pisando el suelo acristalado que permitía ver la losa que cubría el enterramiento de los restos óseos de lo que pensaban que fue una mujer en el Medievo, según se leía en la placa de la pared.

—No hables de fantasmas y esqueletos delante de Deba —dijo con un guiño, bajando la voz—. No quiero que esta noche le cueste dormir. Esta noche tiene que dormir. Como un oso hibernando. Su madre necesita urgentemente una cura de sueño.

El abuelo sonrió, con esa media sonrisa suya de centenario que nos llevaba muchos años en eso de leer a las personas.

—Como que a la *chiguita* la vais a asustar con unos huesicos mal colocados.

Diría que había un matiz de orgullo en su voz cascada, aunque en lo concerniente a su biznieta, el abuelo presumía de ser el que mejor la entendía. Tenían una especie de sencilla y efectiva telepatía que nos excluía a todos los demás: a su madre, a su abuela Nieves, a sus tíos Germán y Esti, y también a mí. Deba y el abuelo se apañaban con miradas y encogimientos de hombros, y para nuestra desesperación, él entendía mejor que nadie los matices de las lloreras de mi hija, sus motivos para negarse a ponerse sus botas de lluvia pese a ser totalmente necesario o el

significado oculto de los garabatos con los que emborronaba cualquier superficie que encontraba a su paso.

Por fin pudimos acceder a la abarrotada sala, aunque nos tuvimos que conformar con las sillas de la penúltima fila. El abuelo sentó a Deba sobre sus piernas y dejó que su biznieta jugase con la boina, algo que acentuaba su parecido físico y la convertía en su pequeño clon.

Mientras dejaba que el abuelo se encargase de entretener a mi hija, me abstraí por un momento de mis urgencias laborales y levanté la cabeza: la estrecha sala de paredes de piedra tenía un techo de robustas vigas de madera. Tras la larga mesa donde esperaban tres botellines de agua sin abrir y tres sillas vacías reinaba un tapiz del caballo de Troya de descolorida urdimbre.

Miré la pantalla del móvil, la presentación llevaba casi tres cuartos de hora de retraso. El caballero de mi derecha, con un ejemplar sobre sus rodillas, basculaba nervioso sobre la silla y no era el único. Allí no se presentaba nadie. Alba me miró un par de veces como diciendo: «Si tardan mucho, tendremos que llevarnos a Deba».

Y yo asentí ambas veces, no sin antes aprovechar para rozar el dorso de su mano y prometerle con la mirada alguna correría nocturna.

Qué bien se sentía no esconderse en público, qué bien se sentía ser una familia de tres, qué buena era la vida cuando no se ponía cabrona, y mi vida llevaba dos años largos —desde el día que Deba nació— siendo una feliz colección de rutinas familiares.

Y a mí me gustaba eso, lo de coleccionar días blancos con mis damas.

Fue entonces cuando pasó por mi lado un hombre obeso y sudoroso que reconocí: era el editor de Malatrama.

Tiempo atrás habíamos coincidido durante el caso de Los ritos del agua. Su editorial publicaba el trabajo de la primera víctima, Annabel Lee, dibujante de cómics y novia precoz de toda mi cuadrilla en bloque, para más señas. Me alegró verlo de nuevo. Lo seguía un tipo de perilla espesa, acaso nuestro esquivo autor, y en aquella sala de piedra se levantó un murmullo de expectación.

tante satisfacción que parecía perdonar el retraso de casi una hora.

—Por fin —me susurró Esti, sentada a mi lado—. Cinco minutos más y tendríamos que haber llamado a los antidisturbios.

—No fastidies, que con las chicas desaparecidas ya hemos tenido suficiente fiesta estas dos semanas. —Su melena roja se me metió en los ojos cuando se acercó y le pedí silencio con la mirada.

—Volverán a casa con papá y mamá, te lo he dicho mil veces —insistió entre susurros.

—Los hados te oigan y podamos dormir de una vez —respondí reprimiendo un bostezo.

Por suerte, mis habilidades orales estaban prácticamente recuperadas después de la afasia de Broca que sufrí en 2016. Tres años muy intensos de logopedia me habían devuelto al mundo de los investigadores locuaces y, salvo bloqueos temporales por cansancio, estrés o falta de sueño, mi oratoria era de nuevo un alarde de fluidez.

—Uno, dos, uno, dos... —chirrió la voz del editor—. ¿Se oye bien?

Las cabezas de los presentes asintieron, todas a una.

—Siento mucho el retraso con el que ha comenzado este acto, pero me veo en la obligación de anunciarles que el autor de la novela no ha podido acudir al evento de esta tarde —informó después de acariciarse con mano temblorosa la hirsuta barba rizada de bardo.

La reacción no se hizo esperar y algunos de los presentes abandonaron el recinto acompañados de su mal humor. El editor siguió con la mirada desolada las espaldas de los primeros lectores que desertaron.

—Comprendo su decepción, créanme. Esto no estaba programado pero, como no quiero dar por perdida la tarde para todos los que han esperado la presencia del autor, me gustaría presentarles a Andrés Madariaga. Es doctor en Historia y uno de los arqueólogos del equipo de la Fundación de la Catedral Santa María que excavó hace varios años a pocos metros de donde hoy estamos sentados, en el cerro de la Villa de Suso y bajo las entrañas de la Catedral Vieja. Él pensaba acompañar a nues-

tro admirado escritor en su presentación y explicar a los presentes los increíbles paralelismos entre la Almendra Medieval que hoy conocemos y la Victoria del siglo XII que aparece en la novela.

—Así es —carraspeó el arqueólogo—. El relato resulta de una precisión asombrosa, como si el autor realmente hubiera paseado hace casi mil años por estas mismas calles. Aquí mismo, al lado de la antigua puerta del palacio, en las escaleras que hoy conocemos como de San Bartolomé, en el Medievo estaba ubicado el Portal del Sur y era una de las puertas de entrada al recinto amurallado de la villa que...

—No sabe quién es —me susurró Alba junto a un lóbulo que se puso caliente solo con su roce.

—¿Cómo? —murmuré.

—Que el editor tampoco sabe quién es el autor. Ni una vez ha dicho su nombre y no se ha referido a él como Diego Veilaz, el pseudónimo. No tiene ni idea de quién es.

—O se reserva el misterio para el próximo acto en el que aparezca y no quiere reventar la intriga.

Ella me miró como a un niño pequeño, no muy convencida.

—Juraría que no, juraría que está tan perdido como nosotros.

—No sé si saben que estamos en el muro zaguero de la primitiva muralla, la muralla prefundacional. ¿La ven? Es este muro —dijo el arqueólogo señalándonos la pared de piedra a su derecha—. Por los datos del carbono 14, sabemos que estaba ya construida a finales del siglo XI, un siglo antes de lo que siempre habíamos dado por hecho. Digamos que estamos sentados en los mismos lugares en los que transcurre la novela. De hecho, muy cerca de aquí, junto al trazado de la muralla, muere uno de los personajes del libro. Muchos se preguntarán qué es la cantárida, la mosca española o escarabajo aceitero. En la novela aparece como un polvo marrón que alguien suministra a modo de afrodisíaco a nuestro desgraciado personaje. Esto es cierto, quiero decir —se corrigió—, factible.

El arqueólogo levantó la cabeza. Todos escuchábamos con atención.

—La cantárida era la Viagra medieval por excelencia —continuó satisfecho—. Un polvo extraído del caparazón verde me-

talizado de un pequeño escarabajo muy común en tierras africanas. La cantárida era el único afrodisiaco de probada eficacia en esto de mantener a los hombres bien erectos. Dilata los vasos sanguíneos de manera muy efectiva, pero dejó de usarse porque, como decía Paracelso: «El veneno está en la dosis». Dos gramos de cantárida matan al más sano de la sala, así que cayó en desuso en el siglo xvii, después de que en Francia los llamados «caramelos de Richelieu» terminasen con media corte durante las orgías de la época, amén de que el Marqués de Sade acabó acusado de homicidio cuando un par de cándidas damas fallecieron después de que él se la suministrase.

Miré a mi alrededor. La gente que se había quedado a la improvisada charla del arqueólogo escuchaba atenta cómo iba desgranando anécdotas medievales. Deba dormía bajo la boina del abuelo, rodeada por sus manazas de gigante longevo. Nieves atendía con interés, Alba me acariciaba el muslo y Esti miraba distraída las vigas del techo. En resumen, todo bien.

Cuarenta minutos después el editor tomó la palabra tras colocarse unas maltrechas gafas de media luna en la punta de su enorme nariz:

—No quisiera cerrar este acto sin leer los primeros párrafos de *Los señores del tiempo*.

Me llamo Diago Vela, me dicen el conde don Diago Vela, tanto da. Comencé a dar fe de cuanto acontecía en este cronicón que parte del día que regresé, tras dos años de ausencia, a la antigua aldea de Gasteiz o, como la llamaban los paganos, Gaztel Haitz, la Peña del Castillo.

Retornaba por Aquitania y, después de cruzar Ultra-puertos...

De repente oí a mi espalda que la puerta de la sala se abría. Me giré con cierta curiosidad y un hombre canoso de unos cincuenta años con una muleta entró cojeando y lanzó un grito:

—¿Hay algún médico en esta sala? ¡El palacio está vacío, hace falta un médico!

Esti, Alba y yo nos levantamos como trillizos telépatas y nos acercamos al hombre tratando de calmarlo.

—¿Está usted bien? —preguntó Alba, siempre resolutiva—. Ahora llamamos al 112, pero tiene que contarnos qué le sucede.

—No es por mí. Es por el hombre que he encontrado aquí abajo, en los baños.

—¿Qué le pasa al hombre? —le urgí con el móvil ya en la mano.

—Está tirado en el suelo. Me ha costado arrodillarme junto a él para comprobar si está muerto porque con esta muleta es complicado, pero yo juraría que no se mueve. O está inconsciente o está muerto —dijo el hombre—. De hecho, creo que lo he reconocido, creo que es.... En fin, no estoy seguro, pero creo que es...

—No se preocupe por eso ahora, nosotros nos encargamos —le cortó Estíbaliz haciendo una vez más alarde de su legendaria paciencia.

Toda la sala nos miraba y escuchaba en silencio. El editor, creo, había interrumpido su lectura. No lo sé, no me di cuenta. Eché una última mirada al abuelo, que me miró con un «Yo me ocupo de Deba, os la llevo a casa y la acuesto».

Corrí con Esti hacia las escaleras de los aseos. Con las prisas, los dos pisamos el cristal que resguardaba los restos de la emparedada de Villa Suso. Ni lo pensé. Llegué antes que mi compañera, y en el suelo encontré un hombre grande y bien vestido, inmóvil, con un gesto de dolor congelado que a mí también me dolió.

Los baños estaban impolutos, un aséptico blanco nos rodeaba y un fotomontaje con los tejados y las cuatro torres de Vitoria decoraba las puertas de las cabinas.

Me saqué del bolsillo el móvil, lo puse en modo linterna y lo coloqué a pocos milímetros de su cara. Nada. Sus pupilas no se contrajeron.

—Maldita sea... —suspiré para mí. Presioné la arteria carótida, tal vez buscando un milagro—. Aquí no hay miosis, Esti. Ni pulso. Este hombre está muerto. No toques nada, informa a la subcomisaria, que dé el aviso.

Mi compañera asintió, se disponía a marcar el número de Alba cuando la interrumpí.

—Huele a bomba fétida —dije olisqueando el ambiente—.

Este hombre lleva colonia cara, pero el olor no puede enmascarar esta peste tan desagradable.

—Es un baño de hombres, ¿qué quieres?

—No es eso, me refiero a que huele igual que las bombas fétidas de esas que vendían en ampollas en La Casa de las Fiestas cuando éramos críos, ¿no recuerdas? Venían en cajas con la silueta de un chino mandarín.

Cruzamos la mirada; no estaba hablando de la infancia.

—Quieres decir que crees que a este hombre lo han envenenado —dijo.

No tenía muy claro si estaba ante una muerte natural o ante un envenenamiento, pero como soy un tipo precavido y no me gusta arrepentirme de lo que he dejado de hacer, y también por respeto al gigantesco fallecido, hincó la rodilla frente a él y susurré mi plegaria:

—Aquí termina tu caza, aquí comienza la mía.

Lo observé con detenimiento y pasé a lo práctico:

—Creo que el testigo tenía razón. No hay muchas fotos de él, aunque tenía un físico muy particular y siempre sospeché que... Creo que estamos ante un caso de aracnidismo.

—En cristiano, Kraken.

—Este hombre tiene, o tenía, síndrome de Marfan. Extremidades largas, ojos saltones. Mira los dedos. Mira la altura. Como sea él, aquí se arma la de Troya. Quédate con el cadáver, voy a hablar con Alba para que cierre las puertas del edificio y nadie salga. Hay que tomar declaración a doscientas personas. Si este hombre acaba de morir, el asesino está dentro de este palacio.

EL PORTAL DEL NORTE

DIAGO VELA

Invierno, año de Christo de 1192

Me llamo Diago Vela, me dicen el conde don Diago Vela, tanto da. Comencé a dar fe de cuanto acontecía en este cronicón que parte del día que regresé, tras dos años de ausencia, a la antigua aldea de Gasteiz o, como la llamaban los paganos, Gaztel Haitz, la Peña del Castillo.

Retornaba por Aquitania y, después de cruzar Ultrapuertos, evité entrar en Tudela, no quería dar cuentas al anciano rey Sanchó, no todavía. Entregué a su hija Berenguela al monstruo que iba a desposarla, Ricardo, el que llamaban Corazón de León y no por buenos motivos, puedo asegurar después de conocerlo. Más me urgía lo que se hallaba dentro de la muralla de la villa que ya divisaba.

Un manto de piel de gatos monteses me evitaba morir congelado aquella desapacible noche.

Quedaba poco para llegar a Onneca...

Mi montura, extenuada, se quejó de la empinada cuesta que enfilaba hasta el Portal del Norte, el que cerraba la Villa de Suso por el camino de Arriaga.

Cruzamos los dos fosos por sus puentes, aunque tenía la molesta certeza de que un jinete me seguía los pasos desde hacía tres lunas, motivo de más para picar espuelas y entrar por fin en la seguridad de la muralla. Había oscurecido y soplaban los vientos que en breve traerían las primeras nieves de un invierno rudo, mal momento para llegar a Victoria. Las puertas de la Villa

de Suso se cerraban al atardecer tras el toque de retreta, a buen seguro que me iban a demandar explicaciones. Pero me urgía regresar cuanto antes...

No había luna aquella noche, así que cabalgaba con una antorcha en la mano. A mi siniestra vislumbré el viejo cementerio extramuros de la iglesia de Santa María. Aquella había sido mañana de mercado, quedaban raspas de pescado sobre las tumbas, varias alimañas nocturnas huyeron en cuanto sintieron mi presencia.

—¿Quién va a estas horas?, ¿no veis que el portón está cerrado? No queremos vagamundos intramuros —gritó el muchacho desde el camino de ronda de la muralla.

—¿Llamáis *vagamundo* a vuestro *senior* don Vela? —Alcé la testa y la voz, me hice oír al pie del portal—. ¿No sois Yñigo, el unigénito de Nuño el peletero?

—Nuestro *senior* don Vela murió.

—¿Quién lo afirma?

—Todos aquí. ¿Quién lo niega?

—El finado. ¿Está mi hermana, *donna* Lyra?

—Estará entrenando en el patio de la fragua. Mi primo le sujeta la antorcha, creo que se ha negado a estar presente tras los esponsales. Voy a por ella, pero os juro que como sea una trampa a mi *seniora*...

«¿Qué esponsales?», me extrañé.

—No juréis, Yñigo, que a mí me toca cobraros el pecho por blasfemia, ¿queréis hacerme más rico? —reí.

—Si no fuera porque vuestro afligido y bien querido hermano Nagorno anunció vuestra muerte, sí que diría que sois mi *senior*. Sois alto y fornido como él lo era...

He aquí la explicación: Nagorno. Siempre Nagorno. Omnipresente Nagorno.

—Id ya a por mi hermana, os lo ruego —lo interrumpí—. Se me van a congelar las partes.

Tardó un rato, descabalgué y estiré los miembros ateridos. ¿Estaba ya nevando? Victoria adolecía de un clima recio. Así eran sus mujeres y hombres, corazas por piel.

Pocos hogares había añorado como aquel.

Y Onneca..., ¿dormida, tal vez?

«Serán unas horas más, pues —me dije—. Paciencia, Diago. Todo llega.»

Después del deber, el tiempo de vivir llegaba por fin.

El muchacho regresó al cabo de un rato.

—Dice nuestra *donna* Lyra que os abra el portón, que os da por vivo, mi..., mi *senior*. Que la busquéis en el patio de vuestra fragua.

Dejé atrás por fin la intemperie. Las heredades silenciosas y calmas quedaron a mi espalda, miré hacia atrás por última vez.

—Yñigo —le ordené al mozo—, si esta noche o al alba alguien más pidiera entrar en la villa, avisadme y no abráis el portón. Quiero que deis aviso también en el Portal del Sur y en el de la Armería.

El muchacho asintió y partió a avisar a los vecinos que hacían la guardia en las otras puertas de la Villa de Suso. Bordeé con mi grupa el camposanto y torcí hacia la casa familiar, en la rúa de la Astería.

El hogar de nuestro linaje, los Vela, llevaba medio milenio instalado en el norte del cerro, antes incluso de que tuviera por nombre Gasteiz.

Nuestra ferrería no había sucumbido al paso de las centurias y a pesar de que fue pasto de las llamas en aquel maldito incendio que una razia de los sarracenos había reducido a cenizas humeantes doscientos años atrás. Reconstruimos, mejoramos la resistencia de los muros, eliminamos madera y seguimos adelante.

Mi familia siempre seguía adelante, pese al transcurrir del tiempo.

Construimos las primeras cercas, nuestro hogar se cubrió la espalda con ellas, se encargaron noventa vecinos durante casi una década. La aldea se infló, el mercado de los jueves frente a nuestra ferrería llamaba a mercaderes, campesinos y collazos desde las cuatro direcciones del viento. Después vino la iglesia de Santa María, también apoyada en el muro.

La villa guardaba silencio por la noche, después del toque de retreta. El cielo negro se estaba llenando de leves plumas blancas, copos de una nieve mansa que no cuajaba todavía en los tejados. Me adentré en el patio de la fragua buscando a mi hermana.

La vi a lo lejos; varias antorchas encendidas y encajadas en las columnas iluminaban de mala manera el pequeño patio de la ferrería. Lyra entrenaba a menudo, procuraba compensar con su *scamarax* de filo curvado las carencias de su diminuto cuerpo. Aunque aquella noche lanzaba a un espantapájaros un par de hachuelas franciscas, al modo de los nórdicos. Me escamó el detalle, ¿sería posible que mi buen Gunnarr...?

Sentí la nostalgia de aquellos dos años sin verla, descabalgué y me abracé a su espalda sin medir las fuerzas.

—Mi querida hermana, cuánto he añorado tus abrazos... —fui capaz de pronunciar.

No esperaba lo que vino a continuación. Los picotazos, las garras que me arrancaron varios mechones de pelo, la fuerza de un animal venido de la nada, o más bien, del tejado del patio.

—¡Munio, para, te lo ruego, que me buscas la ruina! —gritó una voz que no era la de mi hermana.

La muchacha a la que había abrazado no era Lyra, pese a que compartían hechuras y la talla diminuta. Tampoco pude ver más diferencias, bastante tenía con impedir que aquella ave del infierno me sacara un ojo.

Entonces dio un silbido poco propio de su sexo y alargó el brazo. La inmensa lechuga blanca se acabó posando en él, no sin antes lanzarme un último graznido de advertencia.

—¡Lo siento, mi *senior!* —suplicó la muchacha.

Si era soltera, no era vecina de la villa, donde las mujeres no desposadas llevaban el pelo corto a trasquilones y un par de mechones largos junto a las orejas. Tampoco llevaba toca de casada, lo cual constituía un misterio interesante; una melena tri-gueña hasta el hombro no era muy común por nuestros lares.

—Munio se crio conmigo desde que nacimos y está enamorado de mí. Les sucede a algunas aves domesticadas. Me considera su esposa y es muy celoso, no deja que ningún varón se me acerque —se disculpó.

—¿Cómo os llamáis, *seniora?*

—Soy Alix, la ferrona.

—¿La ferrona? Cuando marché, el maestro ferrón era Angevín de Salcedo.

—Mi difunto padre, *senior*. Mis hermanos mayores también

murieron de escrófula y yo volví del convento de Leyre, donde padre me había hecho ingresar hace unos años, pese a que amaba la fragua y por mi sangre corre hierro fundido.

—Así que sois una especie de monja guerrera —sonreí al verle empuñar el hacha.

—Fui novicia, pero alguien tenía que defender el convento de los maleantes que se hacían pasar por peregrinos de la Ruta jacobea.

—Yo la traje, mi querido primo. Lyra me lo pidió cuando murieron sus hermanos y se quedó sin quien la ayudase a llevar la herrería —dijo un vozarrón en la oscuridad.

—¿Gunnarr...? ¿Eres tú, de verdad? Te hacía pasando peregrinos en los puertos del Camino inglés —dije, y corrí a abrazarlo.

El gigante de cejas blancas salió de las sombras riéndose. Me levantó como si fuera un gorrión, pese a que yo era un hombre que sacaba a todos dos cabezas en cualquier corte que hubiese recorrido. Gunnarr Kolbrunson venía de una rama de nuestra familia del norte en tierras danesas, pero muchos en Victoria apostaban a escondidas a que era descendiente de gentiles, los gigantes que poblaron nuestras montañas en las primeras edades.

—Sabía que no estabas muerto, ¿cómo podrías tú haber muerto si nos vas a sobrevivir a todos? —me murmuró al oído con emoción en la voz.

—¿Quién dice que estoy muerto? —pregunté por segunda vez aquella noche.

—Eso se lo has de preguntar a tu hermano. En realidad, he venido a Victoria por los esponsales de Nagorno. Ya han dado las palabras de presente, Diago. Nagorno le ha entregado las arras —pronunció con cautela, y las sentí como palabras de pésame—. Ahora están con la verba de futuro. Nagorno y el padre de la novia se han empeñado en tener testigos de la prueba de doncellez. Lyra no ha querido estar presente y yo tampoco he acudido, por respeto a tu memoria. También porque, por muy célibe que sea, no quiero dormir esta noche con dolor de pelotas. Tú decides, hace un rato que entraron.

Mi hermana salió con una antorcha y el rostro tiznado. Por-

taba el mismo peto de cuero de ferrona que el día que nos despedimos. Fueron muchas las noches en el este en las que eché de menos nuestros ratos en silencio junto a la chimenea.

—Así es, hermano. Yo no voy —dijo Lyra con rostro circunspeto.

Temí lo peor, lo que jamás hubiera imaginado, lo opuesto a lo esperado cuando guie mi montura hacia Victoria.

—¿Dónde?

—Creo que ya lo sabes, en la casa del conde de Maestu, en el cantón de la Armería. Júrame por Lur que no me voy a arrepentir de habértelo contado —dijo Gunnarr.

—No van a rodar cabezas, si es eso lo que te preocupa.

—Sí, claro que me preocupa. Júramelo.

—Lo juro.

—Por Lur.

Suspiré.

—Por Lur. Pero no me acompañes, siempre acabas defendiendo a Nagorno.

—No voy a acompañarte, Diago. Sé que tu palabra es ley, pero no me hagas elegir, nunca, entre Nagorno y tú. Él me salvó en tierras danesas y me hice hombre a su lado en el este. Sabes que le debo lo que soy ahora.

«Un comerciante pendenciero y sin palabra, mi amado Gunnarr. En eso te convirtió mi hermano», callé. Inútil volver a las viejas discusiones.

Me di la vuelta y encaminé mis pasos por la rúa de las Tenderías hasta el hogar del que tendría que haber sido mi suegro, el buen conde Furtado de Maestu.

—¡Alix, acompáñalo! —escuché que ordenaba Lyra a mi espalda—. Evita que mi hermano haga una locura. Yo meto a Munio en su jaula.

Poco después escuché unos pasos ligeros tras de mí.

—No necesito una nodriza, mujer. Vuelve a tus quehaceres —dije mirándola de reojo.

Se había colocado el faldón de su saya sobre la cabeza a modo de capucha que le tapaba el pelo.

—En ausencia de mi *seniora* Lyra, sirvo a Gunnarr, *senior*. Pero mi *senior* Diago es el *senior* de mi villa, así que, en ausencia de

Gunnarr, os sirvo a vos. —Me mostró la hachuela escondida bajo su mantilla de paño e hizo un gesto de complicidad—. Si se os ocurre cortar cabezas, estaré a vuestro lado para evitar que corten la vuestra.

Harto de discutir, agotado tras el largo viaje desde Ultrapuertos, dejé que mi escudera me siguiera por la oscura calle adoquinada.

Era sencillo encontrar la casa del conde de Maestu: de sus ventanas salía el resplandor cálido de las velas, el resto del cantón estaba a oscuras.

En la entrada del portal encontré a uno de los criados del conde. Se tuvo que apoyar en el quicio de la puerta, tal era su melopea.

—¿Quién va? —consiguió pronunciar.

—Vuestro *senior*, el conde don Vela —respondí cansado ya de tanto interrogatorio.

—El conde don Vela está ahora mismo ocupado en otros menesteres más agradables, una planta más arriba —repuso con esa ridícula vehemencia que Dios les da a los borrachos.

Levanté el codo y atrapé su cuello entre la puerta y mi brazo. Apreté un poco, lo justo como para que me tomara en serio.

—Soy Diago Vela, Remiro, y si no me reconoces es que estás demasiado embriagado como para hacer guardia en la puerta de tu *senior*. Déjame pasar antes de que le cuente al conde tu querencia a sisarle el vino de Rioja —le susurré bastante enojado.

El hombre intentó aspirar un poco de aire y por fin me reconoció.

—Pues sí que sois vos. Pasad, buen *senior*. Se os ha añorado mucho en la villa.

—¿Dónde? —me limité a preguntar, harto de que todas las puertas se me cerraran.

—Están en la cámara.

Mi escudera me siguió con gesto preocupado. Subí las viejas escaleras de madera, que crujieron bajo mi peso. Llegué a la cámara, la había visitado antes. Una docena de vecinos me impedían ver lo que sucedía bajo el baldaquino del lecho.

Di varios codazos, todos se fueron apartando. Algunos me

reconocieron y creyeron que era un espectro. Vi miedo en sus ojos espantados, más de uno se santiguó. Yo ya no estaba a nada, solo intentaba adivinar qué estaba sucediendo tras la tela.

Era mi hermano Nagorno, copulaba con alguien sin guardar el decoro de saberse observados. La Santa Iglesia de Roma condenaba todo ayuntamiento carnal que no sucediese con el hombre sobre la hembra y condenaba también la desnudez sobre el lecho, pero él se había liberado de su camisa y vi su espalda, brillante y morena, y sus mil cicatrices de combate.

Unos muslos blancos sobresalían a cada costado. Ella mantenía el camisón, pero a juzgar por su rostro y sus gemidos, disfrutaba con las embestidas de mi hermano.

Llevaba dos años sin ver aquel rostro amado, el pelo tan negro como el mío, los ojos dorados y los labios pálidos. Onneca gozaba ante la aturdida mirada de los testigos de la verba de futuro, acostumbrados a que la desposada fuera una doncella aterrada y dolorida.

«¡Por Dios, Onneca!, si te han obligado a tener testigos, debes fingir mejor que eres virgo», pensé.

Me preocupé por ella, se estaba ayuntando con mi hermano, y aun así, me preocupé por ella.

Ninguno de los dos contendientes escatimó en gritos de placer hasta que mi hermano terminó. Se apartó de ella, mostrando sin pudor su fibrosa desnudez a todos nuestros vecinos. Una docena de cabezas se acercaron curiosas para comprobar el resultado del duelo. Las tres matronas elegidas apartaron la gasa y revisaron el lecho. Y allí estaba, la mancha de sangre que su padre esperaba.

Suspiré aliviado, por un momento había olvidado los recursos de Onneca.

Cómo iba a dejar algo tan importante al azar.

Ambos conocíamos la manera de fingir una virginidad que ya no poseía. Lo habitual era insertar en la intimidad de su carne alguna víscera de gallina para que dejara sangre en el miembro del novio. Nos reíamos de ello en mi lecho años atrás, cuando planeábamos nuestros esponsales y asumíamos que su padre tal vez le pidiera la prueba de doncellez.

Creo que en ese momento ella no me reconoció, ocupada

en mostrarse digna bajo el camisón y no mostrar demasiado a la insana curiosidad de nuestros vasallos, pero mi hermano sí que me vio. Fue un segundo, cruzamos las miradas, apretó los labios y sonrió para sí, diría que complacido.

Una mano se me fue a la daga que ocultaba mi manto. No era yo, era la rabia quien la guiaba. Otra mano, más pequeña, impidió que la desenvainase.

—El conde de Maestu, mi *senior* —me advirtió.

Furtado de Maestu mantenía sus buenas hechuras aunque aquella noche lo encontré algo achacoso: su antaño lustrosa melena ahora lucía canosa y tenía el rictus desmejorado. Mantenía en todo caso la buena costumbre de vestir siempre como si todos los días se le casara alguna hija. Con motivo debía su fortuna al comercio de paños toscos, tan demandados por las gentes de Castilla. Gracias a Maestu el gremio de los burulleros se había convertido en el más numeroso entre los vecinos de la Nova Victoria, el arrabal de Sant Michel que se acabó cercando y añadiendo a la Villa de Suso cuando el rey Sancho el Sabio nos confirmó los privilegios en los fueros hacía una década. Sobre el papel ambos barrios éramos una sola villa, la villa de Victoria, codiciada por ser frontera y la llave del reino. Pero las murallas y los tres portales dividían algo más que rúas y cantones.

—Pero ¿cómo es posible, mi querido Diago? ¡Estáis vivo! —susurró, y miró a su alrededor con cautela.

—Siempre lo estuve —repliqué ofendido—. Me debéis un par de explicaciones, querido amigo. Nos despedimos con la promesa de unos esponsales, ibais a ser mi amado suegro, y ahora ¿qué soy?, ¿el hermano del esposo de vuestra hija, mi prometida?

Me hizo un gesto para que guardase silencio y me guio por las escaleras hasta el segundo piso, buscando discreción y que nadie me viera. Le pedí a Alix de Salcedo con la mirada que se quedara en la cámara con el resto de los vecinos. A ella no le hizo gracia, pero obedeció.

—No os despedisteis, buen *senior* —me espetó una vez solos—. Desaparecisteis.

—Tenía mis razones, no debo cuentas a nadie.

—Faltaría más. Y mi hija, afligida, os esperó, y yo mantuve

mi promesa de entregárosla, creedme. Pero después llegó esta carta con la noticia de vuestra muerte —dijo después de limpiarse los restos del banquete de la comisura de los labios con la manga. Rebuscó en un arcón forrado de terciopelo y me la tendió.

—¿Quién entregó esta carta? —pregunté tras leerla.

—Un mensajero, supongo.

—¿Y por qué le disteis pábulo?

—¿Cómo no darlo?, da todo lujo de detalles acerca del naufragio de vuestro barco frente a las costas de Sicilia.

Quien escribió esa carta sabía lo que pocos conocían: mi viaje por los Alpes hasta Sicilia y la tormenta que nos separó de los otros barcos. ¿Cuánto más sabría?

—Es cierto que hubo un viaje por mar y una tormenta. Y es cierto también que mi barco sufrió los envites de las olas y terminamos frente a Sicilia a nuestro pesar. Pero el barco no naufragó y nadie murió. Ni siquiera yo, como veis. ¿Y por una carta que os trae un mensajero desconocido entregáis a mi prometida a mi hermano? —alcé la voz alterado.

—¡Shh...! Guardad decoro, estáis en mi casa y la mayoría de los invitados no os han visto todavía, hemos de ver cómo manejar este sindiós. Respondiendo a vuestra pregunta, di pábulo a la carta porque venía lacrada con sello real. No guardé el sobre con el lacre, no lo vi necesario. Pero aquí veis la cruz patada de su signatura.

Leí hasta el final la misiva y tuve que carraspear.

—Entonces, el rey ¿es don Sancho el Sabio?

—Es quien nos gobierna ahora, ¿conocéis a otro rey en tierras navarras?

«No puede ser, él no acabaría con mi futuro de este modo tan cruel después de todo lo que he hecho por él», me obligué a pensar.

—Id a dormir, buen *senior*. La noche está avanzada, se os ve cansado del viaje, tenéis sangre en el cabello, y aquí no podéis estar sin provocar un escándalo. Dejad que este viejo amigo celebre como se merece los esponsales de su hija, mañana veremos cómo desfacer este entuerto. Me temo que tenéis problemas más acuciantes que el hecho de que vuestro hermano os

haya robado a la mujer que iba a ser vuestra. El nuevo conde don Vela, Nagorno, también dirige con mano firme a los nobles recién llegados a Nova Victoria y, a decir de los vecinos de toda la vida de la Villa de Suso, los está favoreciendo en demasía. Y si el patán de mi primogénito continúa jugando a las Cruzadas y sin tener descendencia, hoy he firmado en las capitulaciones de los esponsales que serán los descendientes de Onneca los futuros condes de Maestu, así que el matrimonio reunirá la fortuna que fue vuestra con la mía, serían los *seniores* de todo lo que contiene estas murallas.